

## ***ELLA* por Soraya Velásquez**

Sentí como la piel se me carbonizaba, como una ráfaga de dolor que se extendía por todo mi cuerpo para ser percatado en un solo instante, porque así es el amor cuando se es delirante.

Era consciente de mi estado demencial, no lo ocultaba, me había llevado tantas veces a ser el rumor de las voces del día que ya era algo que ignoraba. Nadie entendía lo que sentía, a excepción de Sófocles, quien se había convertido en mi más leal confidente.

¡Oh, Sófocles, mi tanpreciado amigo! —Vociferaba mi persona en aquel rincón de la habitación, mientras limpiaba con un pañuelo cuidadosamente la superficie de su rostro—

Sófocles era un anciano silencioso de actitud inamovible, solía descansar su busto sobre un soporte de madera que se encontraba en mi despacho, siempre reluciendo su piel de mármol. Lo conocía de hace años, había sido un regalo de mi madre, pero nunca habíamos congeniado. En un principio, habituaba a ignorar su presencia, permitiendo que el olvido acumulara polvo sobre él; pero con el avance de mi enfermedad nuestras charlas se hicieron cada vez más habituales hasta tornarnos en íntimos amigos.

A pesar de no emitir ni una sola palabra, Sófocles tenía la virtud de ser un gran oyente y nunca me juzgaba, incluso cuando le comenté mi extraña afición por los espejos rotos y los relojes descompuestos; pero últimamente quien se llevaba el protagonismo de nuestras charlas era aquel nuevo amor que me traía ensimismado.

*Ella.*

Una dama alucinante, la había conocido la noche del 16 de enero. Tenía el alma de un artista, pintaba los oscuros paisajes con sus luces, formando líneas retorcidas que se extendían por el cielo; sus obras tenían el poder de estremecer a los espectadores, quienes solían admirar desde lejos su belleza imponente.

Solo tocaba la tierra en sus días más grises, por lo que en mi mente solía divagar las razones de sus fugaces visitas, pero no me atrevía a preguntarle, no quería importunarle, por lo que me quedaba a contemplar su silueta desde mi ventana.

Sófocles, siendo un gran conocedor de finales trágicos, había previsto mi muerte, advirtiéndomelo la mañana de ese mismo día; sin embargo, yo me había negado a creerle.

Esto no es como los amores de los que escribes, ¡No me sacaré los ojos, ni me casare con mi madre! —le respondí— ¡Sabes bien que no soy un protagonista de tus relatos, así que no insistas!

Esa mañana entré en colera, estaba indignado por aquel presagio. Había tildado mi amor de peligroso y eso solo aumentaba mas mi coraje, ¿Qué podría saber él? Tan solo era una simple escultura. Así que con pasos fuertes me dirigí a aquel viejo bar que solía frecuentar cada jueves por la tarde.

“Hombre, consíguete una mujer normal”, “Ese Javier esta demente”, “La locura acabará contigo”, eran los comentarios que volaban cada vez que expresaba mi amor por *Ella*. Usualmente me parecían banalidades, pero con el presagio de Sófocles no podía parar

de darle vueltas al asunto, así que tomé varios tragos tratando de sacar aquella idea de mi cabeza.

Ese día el crepúsculo de la tarde fue suplantado por un manto de nubes grises y en un reflejo absurdo vi la hora en mi reloj, tomé mi abrigo y salí del bar tan rápido como pude. Sabía que este era el momento perfecto para estar con ella así que, lleno de ansias, me dirigí al parque más cercano deseando que no se me hiciera tarde para nuestro encuentro.

Las luces de los faroles anunciaron la noche, mientras que la humedad se mezclaba con la brisa haciéndola cada vez más fría. Llegado a mi destino me quede parado debajo de un árbol esperando que el espectáculo comenzara: las gotas de lluvia fueron las primeras en hacer su aparición, cayendo una a una con delicadeza para luego debutar todas juntas con gran fuerza.

Fue en ese entonces cuando ella apareció, asomándose en forma de destellos en el cielo, adornando aquel oscuro lienzo con flashes blancos y tonos violetas, asistida seguidamente por la misma orquesta de truenos cuyos estruendos me erizaban la piel.

Mis ojos no podían apartar la vista de ella y en como iluminaba aquel escenario haciéndolo suyo como en muchas noches anteriores lo había hecho. Permanecía ahincado, estaba hipnotizado y con el pasar del tiempo el estruendo se hacía más fuerte anunciando la llegada del clímax de la función. De pronto un silencio inundó el lugar y la calma se hizo presente: era el momento de su tan esperada entrada.

Se abrió paso entre el espesor de las nubes velozmente y ahí se encontraba: *Ella*, vestida en una fina línea blanca, bajando de forma decidida y marcando su trayecto en un torcido zigzag.

Impactó el suelo y desapareció, dejando su huella a unos metros de aquí; estaba fascinado, siempre lograba sorprenderme, no podía entender como algo tan hermoso podría llevarme a un destino fúnebre; así que con pasos cortos comencé a caminar por el lugar sin apartar la mirada del cielo. La brisa soplaba con fuerza combinándose con la lluvia haciendo vibrar las hojas de los árboles; me percaté de que mi ropa se encontraba totalmente empapada, pero aquello no me importaba, solo anhelaba estar más cerca de ella.

Y como si el universo escuchara mis pensamientos, el silencio invadió de nuevo el lugar.

Miré a mi alrededor esperando su próxima aparición, pero no la encontraba y el miedo comenzó a acecharme, hasta que volví a fijar la vista arriba y fue entonces cuando la vi dirigirse hacia mí.

Un destello lleno de fuerza que bajaba a toda velocidad, por lo que en un reflejo de amor la recibí con los brazos abiertos.

Su contacto me embargó de manera impetuosa, haciéndome sentir ese calor electrificante que formaba parte de su naturaleza, solo podía sentir como el corazón me latía tan rápido hasta que finalmente se detuvo y fue así como en un cerrar de ojos se me escapó la existencia, solo para convertirme en parte de *Ella*.